

Argentina

La marcha por la paz, el pan y el trabajo

por Mario V. GUZMAN GALARZA

Al cumplirse siete años de vigencia ininterrumpida del estado de sitio, los trabajadores resolvieron salir a las calles para protestar por la ya larga suspensión de los derechos y garantías constitucionales, la desaparición de miles de ciudadanos que fueron apresados por causas políticas, el alto costo de la vida y el desempleo, así como para reclamar el restablecimiento del orden constitucional fundado en la libertad y en la soberanía popular, es decir, en el respeto al derecho de libre determinación del pueblo argentino y expresar, por ello, su voluntad de luchar por la paz, el pan y el trabajo.

En efecto, más de 50 mil trabajadores pertenecientes a la Confederación General del Trabajo, la combativa CGT, de orientación peronista, realizaron el 7 de noviembre una ruidosa manifestación que recorrió las principales calles del centro de Buenos Aires, a pesar de que un día antes la policía hizo saber a los dirigentes obreros, que las actividades sindicales y las reuniones públicas estaban prohibidas desde 1976. La desobediencia civil a las órdenes de la dictadura militar, demostró que la conciencia popular no ha desaparecido y que, por el contrario, permanece alerta y vigilante para denunciar a los déspotas que pretendieron intimidar al pueblo con la represión más brutal que registra la historia de esa nación hermana y poner en evidencia, ante la opinión pública internacional, la falacia de una apertura política controlada por el gobierno para institucionalizar el autoritarismo y coonestar las inmundicias y los delitos del régimen dictatorial.

Nadie ignora que la apertura política está condicionada al encubrimiento de los crímenes cometidos por la dictadura. Por ello, el gobierno militar se ha propuesto no autorizar, en un futuro reordenamiento democrático del país, la vigencia de los partidos políticos que intenten revisar la cruenta y sucia "guerra" desatada contra las fuerzas políticas de la izquierda nacional y que, durante los últimos cinco años, llenó de dolor y luto los hogares argentinos. Por otra parte, esa y otras condiciones que figuran en un anteproyecto de **Estatuto de los Partidos**, también determinan la prohibición de los partidos que propicien "la lucha de clases y la propiedad colectiva de los medios de producción". Asimismo, no serían autorizados los partidos políticos que alienten "la negación de los derechos humanos y sus garantías" o que pretendan "la utilización de las instituciones del Estado y de las organizaciones intermedias con fines partidarios". En todo esto, obviamente, se refleja el modelo **pinochetista** impuesto en Chile, la tendencia de la apertura brasileña, y la orientación de la copia boliviana que se fragua para sacar a la luz la democracia "inédita" basada en el poder militar.

Los trabajadores, víctimas de la crisis provocada por la funesta política económica de la dictadura, demostraron con la protesta pública, que no están dispuestos a soportar resignadamente una burla política, un nuevo engaño de la camarilla gobernante y mucho menos la postergación indefinida de sus justas reivindicaciones económicas y sociales. Por ello, demandaron paz, pan y trabajo y al señalar a los asesinos y reclamar a voz en cuello la libertad, interpretaron los anhelos de toda la nación, de un pueblo abrumado por el desempleo y la penuria económica, por el egoísmo de las clases dominantes y la prepotencia del poder militar. La Iglesia católica apoyó la manifestación de la CGT y le dio razón y fuerza a la protesta de los trabajadores. El presidente de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA), cardenal Francisco Primatesta, reconoció que la situación salarial de los trabajadores argentinos es difícil y destacó el carácter "recto y pacifista" de la marcha obrera.

Antes de iniciarse la manifestación, los trabajadores concentrados en el templo de San Cayetano, asistieron a una misma celebrada por el párroco Humberto Bellone, quien expuso en su sermón la doctrina social de la Iglesia para justificar el apoyo a los manifestantes y luego dijo que "esta lucha por la justicia social no va dirigida contra nadie, sino que supone el esfuerzo de todos por instaurar un orden justo". El gobierno, empero se dio por aludido, con razón, porque la dictadura militar es responsable de la injusticia social que padece el pueblo argentino. Sin embargo, en lugar de remitir el problema al diálogo con los dirigentes de la CGT, ordenó su apresamiento para que no quede duda sobre el carácter dictatorial del régimen. En consecuencia, muchos trabajadores fueron detenidos con lujo de violencia, pero no pudieron evitar la trascendencia política de la marcha obrera, segira-

mente, la más importante de los últimos tiempos.

Se adhirieron a la manifestación el Servicio de Paz y Justicia, que coordina el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos y las Madres de la Plaza de Mayo, que reiteraron el reclamo para que aparezcan con vida los detenidos "desaparecidos" bajo la dictadura militar. Muchas otras organizaciones se sumaron a la protesta y el pueblo en general enarboló la espiga para pedir paz, trabajo y pan. El secretario general de la CGT, Saul Ubaldini, declaró que la marcha "testimoniaba el sufrimiento del pueblo argentino" y destacó su éxito pese a la situación existente y el gigantesco operativo policial y militar, "que no logró hacer desistir a los manifestantes", mientras el pueblo coreaba el estribillo: "**Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar**".